



EL RELOJ

¡Cuántas veces, queridos niños, habreis fijado vuestras miradas en la esfera de un reloj, y habreis seguido con curiosidad sus agujas en su interminable y regular movimiento! ¡Cuántas veces os habrá llamado la atención su monotonó tic-tac, ú os habrá llenado de admiración la complicada máquina de un cronómetro! ¡Con cuánta envidia habreis quizá mirado al poseedor de una de esas misteriosas máquinas, y con cuánto placer os habreis visto dueños de una de ellas! Pero nunca probablemente se habrá fijado vuestra infantil imaginación en lo que significa, en lo que representa un reloj. El reloj, hijos míos, significa la vida del hombre, representa el tiempo. Es el contador de nuestra existencia, que va anotando implacable los latidos de nuestro corazón, y nos está advirtiendo siempre que la vida corre rápida como la

luz del relámpago; que el tiempo pasa para no volver jamás, arrastrándonos á pesar nuestro en su veloz carrera; que sus agujas han marcado el primer instante de nuestra vida, el primer momento en que nuestros ojos vieron por primera vez la espléndida y clara luz del sol, y que mañana señalará la hora en que, latiendo por última vez nuestro corazón, se separe el alma de nuestro cuerpo y suba á dar cuenta ante el tribunal del Todopoderoso de las acciones que hemos cometido á nuestro paso por la tierra, y de la manera que hemos tenido de cumplir la sagrada misión de ser útiles á nuestros semejantes en este átomo que flota en la inmensidad, y al que llamamos mundo.

El reloj es la constante demostración de la cortedad de esta vida y de la inmensidad de la otra.

Cinco minutos de reflexion, fijando la vista sobre su esfera, evitarian quizás muchas veces en la vida del hombre, que este cometiera una accion bastarda ó que se entregara en brazos de la desesperacion.

Porque si olvidándose uno de lo que se debe á sí mismo, va á cometer una accion reprochable, y ántes de cometerla fija sus ojos en las agujas de un reloj, las contempla durante algunos instantes, y su imaginacion se detiene á considerar la rapidez con que pasa esta vida y lo infinito de la otra, en donde la felicidad ó la desgracia depende de las acciones que hayamos cometido en esta, volverá en sí, y avergonzándose de haber abrigado el malpensamiento que le impulsaba á delinquir, seguirá por la senda del bien, de la cual ha estado á punto de apartarse.

Si es un hombre á quien persigue la desgracia, que suele ser más constante compañera nuestra que la fortuna, el que fije la vista en el reloj, concluirá tambien por recordar lo fugaz que es nuestra existencia, que es tan sólo la antesala de la verdadera vida. Y esta idea le llevará á considerar, que si en esta ha encontrado tan sólo la ingratitude ó la injusticia en los hombres, en la otra, en la que no existen pasiones ni vanidades terrenales, encontrará un Juez que á todos los mide por un mismo raseró; que premia al bueno con largueza, y castiga con rigor al malo, y ante el cual no puede presentarse nadie con la careta de la hipocresía, con la que los hombres suelen ocultarse el rostro, sin comprender que al querer engañar á los demas, empie-

zan por engañarse á sí mismos. Y al vagar estas ideas por su cerebro, acabarán por hacer que olvidando las injusticias de la tierra, no piense más que en la inmensa justicia del cielo, y que la resignacion y la conformidad concluyan por llenar su corazon.

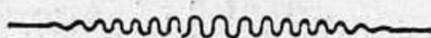
El reloj es un centinela que nos está dando sin cesar el alerta, para que no nos lancemos en el torbellino de las pasiones y no olvidemos las obligaciones que tenemos contraídas con Dios, con nuestros semejantes y con nosotros mismos.

Para que nunca dejemos el cumplimiento de nuestros deberes para más tarde; porque ¿quién sabe si más tarde nos habremos convertido en la nada? ¿Quién sabe si el latido de nuestro corazon responderá dentro de un instante al mecánico movimiento del reloj?

Por eso todos debemos obrar siempre bien y cumplir con nuestros deberes para no temer así su voz de alerta; pues el que obra siempre bien no le teme al tiempo, y ve sin cuidado alguno correr los instantes, porque tiene la firme conviccion de que no ha empleado ninguno de ellos en nada malo, porque ninguno le puede recordar accion alguna reprochable.

Obrad siempre, hijos míos, con recititud; no os entregueis nunca en brazos de los vicios, que son los que aumentan la velocidad de la carrera del tiempo, y emplead todos los instantes que marque el reloj de vuestra vida en acciones nobles y generosas, y así podreis ser felices en esta, y aguardareis tranquilos el principio de la otra.

F. VARGAS.



EL JUEGO DEL NIÑO



Emilio, no le atormentes,
Deja al insecto en reposo,
Que es juego muy doloroso
Ese que tomas con él;
¡Ambas alas transparentes
Prenderle, y despues burlarse
Porque no puede escaparse,
Es Emilio bien cruel!

¡Mira cuál bulle y cuál pena
Por desclavarse las alas
Y lucir sus nuevas galas
En el ambiente de abril!...
Si por la rubia melena
A un espino te apresara,
Así tu cuerpo luchara
En tu cólera infantil.

Escucha; ese pobre insecto
Aire solo necesita;
¿Qué le queda si le quita
El aire tu voluntad?
Tú su camino perfecto
Le tuerces en tu capricho...
Hombrecillo, ¿quién te ha dicho
que es tuya su libertad?

Porque era la mariposa
Más endeble que tu mano,
Ya con decreto inhumano
La inmolas á tu pasion:
¿Será experiencia ingeniosa
De tus obras de otro dia?
¿Son ensayos, vida mia,
Que va haciendo tu ambicion?

¡Por Dios! que á mi talle alcanza
Tu brava cabeza apenas,
Y ya labras las cadenas
Para amarrar á otro ser;

No bien el Señor te lanza
A este campo dilatado,
Y ya séres te has hallado
A quien mostrar tu poder.

¡Oh! si la oruga lozana
Te bastara solamente,
Aunque esclava injustamente,
No más que insecto es al fin;
Pero ¡ay Emilio! mañana
Las cosas mudan de nombres;
Los insectos serán hombres,
Y mundo será el jardin.

Mas no le arranques las alas;
No se las rompas, criatura,
Que va á lucir su hermosura
Por esa extension azul;
Hoy ha estrenado sus galas,
Y es maligna tiranía
No dejarle un solo dia
Que despliegue su albo tul...

¡Fortuna! ya te abandona;
Huyóse la prisionera...
¡Mira, mira cuán ligera
Allá por los aires va!
Yo no sé por qué ambiciona
Tu cariño aprisionarla,
Cuando es más bello mirarla
Si libre y gozosa está.

¡Lloras, Emilio? ¡Qué duelo!
¡Era tu primer cariño!
Vete consolando, niño,
Que otro vendrá tras aquel.
Mas no busques, no, consuelo;
Llora, pobre Emilio, llora,
Que te hará el pesar de ahora
El que venga ménos cruel.

CAROLINA CORONADO.





RAFAEL DE URBINO

Este célebre pintor fué fundador de la escuela romana, y nació en Urbino en 1483. Fué discípulo del Perugino, aventajando muy pronto á su maestro. A la edad de diez y siete años pintó el hermoso cuadro de San Nicolás de Tolentino. En 1503 diseñó los hechos principales de la vida de Pio II, para la catedral de Siena, y luego fué llamado

á Roma para decorar las salas del Vaticano.

Hé aquí la relacion de sus principales cuadros, de los cuales hay algunos en nuestro magnífico Museo de Madrid, entre ellos el original de la copia que estais viendo, delicadamente grabada por el aventajado artista Sr. Capúz, para esta Revista.



La Sacra familia, La hermosa jardinera, El sueño de Jesus, La Virgen y el niño, San Jorge y el dragon, San Miguel combatiendo á los monstruos, La Virgen, el niño y San José, La Abundancia, Santa Margarita, Matrimonio de la Virgen, Santa Cecilia, San Juan en el desierto, Vision de Ezequiel, La Transfiguracion, La Virgen

de la Rosa, la del Pez, y la de la Perla, Santa Catalina de Alejandria, cartones, retratos, etc., etc.

Fué uno de los más fecundos artistas de su tiempo, y murió á los treinta y siete años, en 1520.

En él perdió el arte cristiano el mejor y más inspirado intérprete de los grandes hechos del catolicismo.



NOCIONES DE ASTRONOMÍA

AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

(Continuacion)

LECCION IV.

LA LUNA.

El astro que preside la noche, comunicándonos durante ella la luz del Sol, por él reflejada, luz pálida y melancólica que bañando los objetos de misteriosas tintas nos inunda el alma de poesía; el astro tan cantado por los poetas de todos tiempos y países, y hasta adorado por los gentiles bajo los nombres de Diana ó Febe, es el que hoy, amables niños, va á ocupar por breves instantes vuestra atencion.

Satélite fiel de la Tierra, la Luna, unida á nuestro globo con lazos indisolubles, la acompaña en su aéreo viaje, girando alrededor de ella en 27 dias próximamente, y poseyendo un movimiento independiente del de la esfera celeste.

Por la proximidad á que de nosotros se encuentra, pues es el astro que más cerca está de la Tierra, es por lo que es el primero de que se tuvieron más conocimientos, siendo el objeto de profundas investigaciones, sobre cuyos resultados voy á deciros algo.

Empecemos por lo que se percibe á primera vista y sin necesidad de anteojos; esto es, por las *fases* de la Luna. Todos habreis observado que á

este astro se le ve unas noches completamente redondo, otras como dividido por su mitad, y otras, finalmente, se ve sólo una pequeña cantidad, de forma de arco circular. Pues bien: estos diversos aspectos que nos presenta nuestro satélite, es lo que se llama sus *fases*, y provienen de la posicion del Sol con relacion á él y á la Tierra.

En efecto, ya sabeis que la Luna es un cuerpo de forma esférica, opaco; es decir, que, como la Tierra, no tiene luz ninguna en sí misma, y que recibe la luz del Sol; ahora bien: si el Sol la ilumina por la parte opuesta á nosotros, lo que sucede siempre que la Luna está entre la Tierra y aquel astro, nosotros no podemos verla, porque la mitad oscura, que es la que sólo podiamos ver, se confunde en el cielo; este estado dura dos ó tres dias; durante él se dice que la Luna está en *conjuncion*, y á la fase se la llama *Luna nueva* ó *novilunio*. Despues, como la Luna va variando de posicion, empezamos poco á poco á ir viendo la porcion iluminada, percibiendo primeramente una pequeña parte de forma semicircular, y el resto del planeta bañado de una luz ligera y como transparente, que nos permite apreciar

perfectamente su forma; cada día la parte iluminada de la Luna va creciendo, hasta el sétimo y octavo después del novilunio, en que ya se ve la mitad del astro, en cuyo caso se dice que la Luna se encuentra en su *primer cuarto*; sigue creciendo la parte iluminada, hasta verse por completo nuestro satélite, lo cual se llama *Luna llena* ó *plenilunio*, y se verifica á los 15 días, y desde entónces empieza á menguar, vuelve á verse iluminado en su mitad (*tercer cuarto*), y por fin deja de verse para empezar de nuevo sus fases.

De seguro os habrá chocado cuando hayais visto levantarse la Luna sobre el horizonte en la época de su plenilunio, el gran tamaño que aparece tener y la poca luz que nos envía, y que disminuye el tamaño y aumenta la luz á medida que el astro se eleva. Que la luz sea menor, nada tiene de particular, porque además de tener que atravesar para llegar á nosotros, mayor espesor de atmósfera, su dirección es oblicua; pero en cuanto á su tamaño, no hay más que una ilusión óptica, pues vista y medida por el telescopio, sucede lo contrario, que es verse mayor cuanto más elevada está. Esta ilusión de nuestros ojos se explica de diversas maneras, siendo la opinión más admitida el relacionarla y compararla con los objetos terrestres cuando la vemos más cerca de nuestro suelo.

Antes he indicado, y teneis ocasion de observarlo, que cuando la Luna se halla en su primer cuarto se percibe la parte de su superficie que no está iluminada teñida de un débil resplandor que permite apreciar su forma y hasta sus detalles, si se la mira con anteojó. Mucho ha dado en qué pensar

la procedencia de esta luz, conviniendo por fin los astrónomos en que proviene de la del Sol reflejada por nuestro globo, reflexion, sin duda, de más intensidad que la que la Luna nos envía, la cual es tan débil, que para componer una claridad de igual intensidad que la del Sol, se necesitarían ochocientas mil lunas llenas.

Si seguimos observando la Luna á simple vista, veremos que no todos los puntos de su superficie tienen la misma luz, sino que se distinguen grandes porciones más oscuras y partes brillantes que se destacan sobre la luz general. El aspecto de estas manchas no varía nunca para nosotros, porque la Luna, al girar en redor de nuestro globo, nos presenta siempre un mismo hemisferio, lo que prueba que aquel astro, además de su movimiento de traslación, tiene otro de rotación que dura el mismo tiempo; es decir, que mientras da una vuelta alrededor de la Tierra, da otra sobre sí misma. Estas manchas han dado lugar á que el vulgo se figure ver en la Luna un rostro humano, y que se la represente, como muchas veces la habreis visto, con boca, nariz y ojos; pero hay que confesar que se necesita muy buena voluntad para ver todo esto.

Pero tomemos ya el telescopio y dirijámosle á nuestro satélite; estudiemos sus manchas, y observaremos que hay unas grandes de color sombrío y otras pequeñas muy oscuras, que crecen y disminuyen con la posición del Sol, indicando así que son la sombra de eminencias ó protuberancias de la superficie lunar. Comprendeis bien cuánta curiosidad debió despertar entre los sabios el observar que la Luna era un globo opaco, como la Tierra,

iluminado como ella por el Sol y accidentado en su superficie, formando á modo de mares y continentes, montes y valles. Trazáronse en seguida mapas de Luna, y todos se dedicaron con afán al estudio de nuestro satélite.

Desde luego, para poder distinguir unas de otras estas manchas, se las dió diferentes nombres, empezando por clasificarlas en *mares* á las grandes y oscuras, y en *continentes* á las claras. No acabaría tan pronto si os describiera todo el suelo lunar, conduciéndoos por el *mar de la Tranquilidad*, al *de los Vapores* ó el *de las Lluvias*, llevándoos al *lago de la Muerte*, al *pantano del Sueño* ó al *golfo de las Lagunas*, ó haciéndoos ascender al *cráter de Aristarco* ó á la *cordillera de los Apenninos*.

Dejemos, pues, una excursion que os fatigaría demasiado, y contentémonos con algunas noticias sobre estos raros países.

En primer lugar, os diré que respecto á sus montañas se ha observado que son todas de forma circular, y la mayor parte tienen en su centro una gran cavidad, que las asemeja al cráter de un volcan; se hallan distribuidas, principalmente, en las partes más luminosas, lo que ha hecho suponer que estas eran los *continentes*, y las oscuras, casi desprovistas de asperezas, *mares*. Sus tamaños son muy varios, por lo que se las ha clasificado en tres secciones: las de mayores dimensiones, entre las que las hay de más de 60 leguas de diámetro, se llaman *circos*; las cavidades de mediana ó pequeña dimension, *cráteres* ó *volcanes*, y *picos* ó *pitones* á las montañas aisladas de forma piramidal ó cónica. Sus alturas, que también han podido apreciarse, varían,

habiéndolas hasta de 7.000 metros de elevacion.

Ademas de las montañas, se perciben en la superficie de nuestro satélite unas hendeduras ó surcos gigantescos, llamados *ranuras*, de direccion casi rectilínea, que han sido objeto de un estudio especial, y de los que se dan diversas explicaciones.

Esto es en conjunto lo que se percibe en la mitad de la Luna que vemos; la otra mitad ó hemisferio se supone que tenga una configuracion semejante, pero no es fácil averiguarlo.

Respecto á su formacion, os diré que se cree haya tenido un origen semejante al de la Tierra, y que esté constituida de una materia de naturaleza esencialmente volcánica.

También se tienen pruebas de que la Luna, á lo ménos en su parte visible, no está rodeada de ninguna capa gaseosa, como la que circuye la Tierra; es decir, que carece de atmósfera, y por tanto en ella no se conocen ni los vientos, ni las aguas, á pesar de sus llamados mares, ni puede haber vegetacion, ni existir la vida, tal y como nosotros la comprendemos.

Por la misma causa también, en la superficie lunar se pasará repentinamente del dia á la noche y viceversa, sin esa suave transicion de que nosotros gozamos, llamada *crepúsculo*. Ademas, durante el dia, el Sol proyectará sobre ella una luz vivísima y cruda, y las sombras serán absolutas; en la noche reinarán las más completas tinieblas, y sólo en el hemisferio que vemos la luz reflejada por la Tierra la alumbrará.

Los dias allí son mucho más largos que en la Tierra, por efecto de ser más lento el movimiento de rotacion,

y así la duración del día es de quince veces veinticuatro horas y de otro tanto la de las noches; en cambio los años, si por año se cuenta cada revolución alrededor de la Tierra, constan sólo de poco más de veintisiete días.

Sobre si existen ó no habitantes de la Luna ó *selenitas*,—que es el nombre que se les da, derivado del griego,— en toda su superficie ó en sólo el hemisferio que no vemos, donde tal vez exista una atmósfera, se ha hablado y aún se habla mucho, pero este es un problema muy lejano del alcance del hombre, que, siempre soberbio, se afana por penetrar aún en el terreno que Dios le ha vedado, por lo que es castigado con una amarga decepción que le conduce al convencimiento de su escaso poder.

Las dimensiones de la Luna, comparadas con la del astro en torno del cual sin cesar gira, son las de una esfera ó bola cuyo diámetro, ó sea mayor anchura, es la cuarta parte de la de la Tierra; es decir, 869 leguas; su superficie es poco más de $\frac{1}{13}$ de la terrestre; su volumen 49 veces menor, que, comparado con el del Sol, resulta que sería necesario amontonar *setenta millones* de lunas para llenar la esfera solar.

La distancia de la Tierra á su satélite no es constante, sino que varía de 405.457 kilómetros, que es la mayor, á 363.249, á consecuencia de que la órbita que describe la luna en derredor nuestro es una elipse, aunque más redondeada que la trazada por la Tierra en su movimiento de traslación.

Comparada esta distancia con las

dimensiones de nuestro planeta, resulta que es 32 á 28 $\frac{1}{2}$ veces el ancho ó diámetro de la tierra, distancia que un cuerpo que se dejara caer de la Luna á la Tierra tardaría en recorrer tres días y siete cuartos de hora, y que un tren de ferro-carril franquearía en ménos de diez meses.

Réstame hablar, y concluyo, de la influencia que la Luna ejerce sobre nuestro globo. Muchísimas se la han atribuido, las más supersticiosas y ridículas, pero es lo cierto que ejerce algunas importantes. Las *mareas*, ó el flujo y reflujo de las aguas de los mares que habreis observado, sin duda, si os han llevado alguna vez á un puerto de mar, son debidas á la influencia de la masa de la Luna, que atrae las moléculas del esferoide terrestre; la misma causa produce un efecto análogo en las capas gaseosas de nuestra atmósfera, originándose movimientos semejantes á los de las mareas; por último, la luz de la Luna tiene también sobre la Tierra alguna influencia, que se manifiesta, no sólo por una pequeña elevación de temperatura, sino también por su acción química sobre ciertas sustancias terrestres. Pero aún cuando no fuera más que por la iluminación de que gozamos por las noches, que tanto aprovecha al caminante, al marino y al labrador, es la Luna bastante acreedora á nuestro reconocimiento; reconocimiento que puede traducirse añadiendo una estrofa más al himno de gratitud y profunda adoración que dirigir debemos diariamente al Criador de todo el universo.

ENRIQUE MARÍA REPULLÉS.

LA NIÑA DE IBINAGA

EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL

(Continuacion)

El colono de Ibinaga acababa de cumplir con lo que él estimaba como un deber sagrado, y, aún húmedos sus ojos, volvió su pensamiento hácia otro deber también ineludible para el buen cristiano.

La caridad le llamaba; y obedeciendo á su dulce voz, tornó á la estancia en que, tendido en el lecho, daba ya señales de vida el herido, que exhalaba lastimeros ayes.

¿Qué le importaba al padre de Marina que aquel desventurado defendiese una causa que no era la suya, si entonces sufría y estaba al borde del sepulcro?

Los nobles pechos buscan al enemigo en el campo de batalla y se baten con lealtad y bizarría, pero jamás ofenden al abatido, sino que, antes bien, le protegen y defienden.

Por eso el joven oficial encontró la protección más generosa en la humilde casería, y en ella, después de los primeros cuidados, le visitó con la mayor reserva un facultativo del inmediato pueblo; y, gracias á tantas bondades y á tan esquisito esmero, fué recobrando poco á poco la salud y las fuerzas.

La niña de Ibinaga se multiplicó durante todo aquel tiempo, y apenas bastarían los afanes de la más concienzuda y perseverante hermana de la Caridad para ser comparados con

los que Marina prodigó al herido.

Más de un sobresalto, más de un susto les ocasionó aquel huésped, á quien se aficionaron grandemente porque, á un carácter afable, reunía las más distinguidas maneras y una bella y simpática figura; y no era caso extraordinario que apareciesen los carlistas por aquellos alrededores, obligando su presencia á que dentro de la casería se adoptasen prudentes medidas para salvar la amenazada existencia del oficial.

Cada vez que el anciano casero recibía la nueva de alguna acción librada y sostenida entre las tropas liberales y las de D. Carlos, se apoderaba de él una angustia indescriptible, porque su mirada de padre se fijaba tenazmente en el campo de batalla y creía descubrir en él herido ó muerto á su valeroso hijo Pedro.

Más nada expresaba su semblante que sus torturas revelara cuando se hallaba en presencia de su huésped, ni brotó jamás de sus labios una sola palabra que anunciase el amor que profesaba á sus principios, ó el odio que abrigaba contra las ideas de sus enemigos.

Solamente se dejaba traslucir en su noble fisonomía el contento que rebosaba su pecho cuando recibía alguna carta de Pedro, que era parte á sacarle de sus punzadoras incertidumbres.

Y siguiendo de este modo, llegó un día en que el jóven *chapelgorri* se restableció en tal manera, que podía abandonar aquella honrada guarida.

Entonces se dispuso todo lo necesario para su marcha.

Pero, ¡qué momento el de la despedida!

¡Cuál lloraba la pobre niña, en cuyo corazón se había engendrado un cariño fraternal y tiernísimo hácia el gallardo mancebo!

Este también lloró: que no quita lo sensible á lo valiente; y depositando en la pura frente de Marina un beso, como dulce expresión del afecto y de la gratitud, partió.

Era de noche, y á favor de la oscuridad podría llegar sin grandes tropiezos á San Sebastian.

El viejo casero le acompañó, no obstante, hasta dejarlo en sitio seguro.

En aquella sazón se apretaron fuertemente las manos de aquellos dos hombres.

—Jóven, exclamó al mismo tiempo el anciano, salud y bienandanza os deseo.

—Gracias, respondió el oficial.

—Y ya que nos separamos, tal vez para siempre, oidme:

—Hablad.

—Tengo un hijo, cuyo nombre es Pedro de Echaniz; ese hijo, que os salvó la vida, sirve á D. Carlos. Pues bien: si un día luchais con él y le venceis, velad por su existencia.

Una lágrima asomó á los ojos del anciano.

—Lo haré, murmuró el *chapelgorri* conmovido.

—Adios, pues.

—Adios.

Y se separaron.

III.

Dos años habían trascurrido desde que tuvieron lugar los sucesos que van referidos, y la guerra civil tenía ya unas proporciones gigantescas y registraba una historia tan dolorosa como admirable.

El casero de Ibinaga y su hija sabían de vez en cuando de Pedro, que, distinguiéndose por su valor, había alcanzado el grado de sargento primero y tenía la esperanza de salir muy pronto á oficial.

Esta circunstancia y la buena suerte que hasta entonces acompañara al bravo soldado, hacían gozar ya de cierta tranquilidad al padre y á la hermana; pues es una verdad que los hombres llegan á familiarizarse con los peligros.

Y llegó un día en que el viejo Echaniz tuvo que ausentarse por algunas horas, dejando sola en la casería á la hermosa Marina, que le vió alejarse esperando que regresara ántes aún de anochecer.

Mas fué declinando la tarde, y fuese cubriendo el cielo de oscuros y siniestros nubarrones que anunciaban una horrible tormenta, y el anciano no volvía á su casa.

Un lejano trueno descubrió la evidencia de aquellos pronósticos, á los cuales siguieron de cerca la torva oscuridad de la tempestad que estalla al morir el día, el cárdeno y deslumbrador relámpago y el estrepitoso rodar del eco terrorífico que rimbombaba en las altas montañas.

La ausencia de su padre en aquellos momentos no dejó de inquietar á la bella niña de Ibinaga. Pero poco tiempo después, al considerar que la lluvia

que caía á torrentes le habria obligado á guarecerse en alguna casería que en su camino hallara, sintió renacer en su alma el sosiego, un tanto alterado.

Sin embargo, era poco tranquilizadora la soledad que la rodeaba; porque al paso que el aguacero sacudia con violencia las mal cerradas ventanas, que se estremecian á su repetido empuje, el furioso viento, gimiendo tristemente, azotaba el edificio, y los truenos se sucedian sin cesar, conmoviendo la tierra hasta en sus mismos cimientos y amenazando abrasarla con el rayo destructor.

En tal modo tuvo que pasar algunas horas, á pesar de serle harto ingrata su situacion...

Un ruido inesperado se dejó oír en medio del estruendo de la naturaleza terriblemente perturbada, y una voz varonil resonó en el zaguan del caserío.

Aquella voz decia:

—¡Osabá Miguel! ¡Osabá Miguel (1)!

Y llamaba con tan afanosa expresion, que Marina, creyendo reconocerla, tomó con precipitacion una velita de resina que ardia con vacilante luz, y se dirigió á aquella parte de la casa con la velocidad de la gacela.

—¿Dónde está tu padre? ¿Donde está mi tío?

—Mi padre, exclamó temblando Marina, mi padre... no está en casa.

—¡Maldita suerte!... dijo entonces el recién llegado dando un fuerte golpe con el pié en el suelo en señal de impaciencia.

—¿Pues qué acontece, primo? preguntó á su vez la niña con sobresalto.

(1) *Osabá* significa en vascuence *tío*.

—No sé... nada... contestó él entre confuso y desesperado.

—¡Oh! no, no: tú sabes algo terrible... algo... ¡Dios mio! dijo de pronto Marina, ¡mi hermano!...

Una palidez mortal la envolvió, y estuvo á punto de rodar por el pavimento.

Su primo la sostuvo.

Un momento despues aquella jóven se pasaba la blanca mano por la frente, cubierta de sudor frio, y murmuró armada de un vigor sobrenatural:

—Habla, Luis, nada temas. Cuéntame lo que sepas.

—¡Ah! perdona si...

—No te detengas, que Dios me dará fuerza para soportarlo todo. ¿Dónde está mi hermano?

—Entre los cristinos.

—¿Prisionero?

—Sí.

—¿Herido?

—Sí.

—¿De gravedad?

—No lo sé.

—¿Quién le ha apresado?

Luis calló.

—Habla, por Dios, primo. ¿Quién le ha apresado?

—Los *chapelgorris*, dijo el fatal mensajero con voz insegura.

—¡Jesús!... exclamó Marina, y se tapó el rostro con las manos. Sigue... sigue, añadió luego: nada me ocultes.

—Los *chapelgorris*, prosiguió diciendo Luis, no dan ni reciben cuartel.

—¿Y bien? interrogó Marina con la agitacion del reo que va á oír su sentencia.

—Mañana habrá de ser fusilado, respondió su interlocutor.

(Se continuará.)





LA HISTORIA DE ESPAÑA

TIEMPOS PRIMITIVOS

III

Al hablar Estrabon del monte Calpe, una de las columnas de Hércules, dice que su circunferencia es corta, y que es tan alto y tajado, que visto de lejos parece una isla. Otros traducen este pasaje, en forma de columna, en vez de isla, y quizá esto dió origen á la denominacion que aplicaron los antiguos á aquel peñasco. Al otro lado del estrecho, en frente de Calpe, se alza otro peñasco ménos escarpado, á modo de península, pero que visto de lejos tambien podia considerarse como otra columna, y recibe el nombre de Abilix ó Abila. No obstante, bajo este nombre de columnas de Hércules (*columna Herculei Africana*), no se conocian Calpe y Abila exclusivamente.

«Bajo el nombre de columnas, dice Estrabon, entienden unos los cabos

del estrecho, otros la isla de Gádes y algunos otros sitios más distantes todavía que esta isla. Los hay que tienen por columnas á Calpe (Gibraltar), y la montaña de la Libia que está en frente, que llaman Abylix (Ceuta), situada, segun Eratóstenes, en el país de los Metagonios, nacion errante. Otros dan el nombre de columnas á los dos islotes cercanos á Abylix y Calpe, uno de los cuales se llama Juno. Pretenden otros que las columnas de Hércules no son más que las columnas de bronce de ocho codos que se ven en Gádes, en el mismo templo del dios, y en las cuales se lee en una inscripcion el costo de la construccion de dicho templo.»

Pero, como dice un historiador, parece indudable que los fenicios tenían

la costumbre de señalar por medio de columnas los sitios donde se establecían, adornando con ellas los templos de sus dioses. Solían grabar en las mismas en pocas palabras, además de la fecha y el gasto, algunas particularidades de la fundación, importantes para la historia. Procopio refiere que aún en su tiempo se veían en Tánger dos columnas con una inscripción en lengua fenicia. En el templo del Hércules Tirio, en Tiro, cuya magnificencia era muy celebrada, se veían asimismo dos columnas, la una de oro fundido, y de esmeralda la otra, que despedían vivos destellos de noche, según refiere Herodoto, que las había visto, y entre las que estaba colocada la estatua colosal del dios; y en todas las ciudades fenicias había templos realizados con columnas más ó menos notables; todo lo que hace probable la última opinión citada por Estrabon con respecto á las columnas de Hércules.

Entre los primitivos pueblos de Hispania, y en el territorio llamado Bética por los romanos, abarcaban dilatado espacio los turdetanos. De estos se asegura que poseían una civilización muy antigua, conociendo la poesía, y teniendo leyes notables, y sobre todo muchas riquezas. Consideran algunos como una exageración conceder tanto progreso á los turdetanos, porque debe tenerse presente que en aquellos remotos siglos la Europa entera estaba dividida en numerosas tribus bárbaras é independientes, enemistadas casi siempre entre sí. Semejante civilización podría ser todo lo más el conocimiento de las artes ínfimas de la industria humana, y de las leyes naturales en la vida social, conforme las creencias coetáneas de la teogonía fe-

nicia. Estrabon, que viajó por España y conoció la extremada rudeza de los pueblos del interior, parece que quedó admirado de la civilización turdetana, y sin duda con referencia á Asclepiades de Mirleo, que, habiendo venido á España después de los ejércitos romanos del tiempo de Pompeyo, había estado enseñando las humanidades en el país de los turdetanos y compuesto una descripción de sus usos y costumbres, refiere el mismo Estrabon que conocían las letras y poseían leyes escritas en verso de más de seis mil años de antigüedad. Todo prueba en efecto un mayor adelanto de los turdetanos; pero como estos seis mil años no deben computarse como solares de doce meses, lo que haría anterior la existencia de los turdetanos á la misma creación del mundo, sino años de muy pocos meses, resultará que esta civilización sería coetánea todo lo más á la de los fenicios, que llegaron á España quince siglos ántes de Jesucristo.

¿Quién sabe si lo apacible del clima, la hermosura del cielo y los abundosos dones que prodiga en Andalucía la naturaleza, suavizaron la ferocidad primitiva de aquellos pueblos? Entre los turdetanos más vecinos de Cádiz en la costa marítima, situaban los griegos su famosa Tartesia y la isla afortunada de Eritia, donde pacían los innumerables rebaños de bueyes de Jerion, sitios celebrados por Homero, Ettesicoro y Anacreonte. Pero no ménos que el clima y las riquezas de su suelo, contribuyó á la civilización turdetana el roce con las colonias fenicias y focas de que hablaremos más adelante. Concurre todo, no obstante, para considerar á los turdos como oriundos de un pueblo celta. Su vecindad con este

pueblo, sus nombres y sus fábulas mitológicas así lo manifiestan. Herodoto dice que los pueblos que habitaban allende las columnas de Hércules eran celtas, y vecinos de los cinesios, último de los pueblos establecidos en Europa por la parte de Occidente. Artemidoro los llamaba *turtos* y *turtutanos*, y al país que habitaban el de *Tyrtytania*. Es indudable, de todos modos, que diseminados los turdetanos por las apacibles márgenes de los hermosos rios Anas, Bétis é Ibero-Bético, vivian ménos turbulentos y ansiosos de guerras que sus compañeros celtas de los demas territorios de la primitiva Hispania. La estatura de aquellos hombres, como la de los modernos andaluces, era gallarda y aventajada, y aún no falta quien los compara con los pelasgos, primeros habitantes de la Grecia, que los antiguos nos representan como de extraordinaria estatura, como titanes ó gigantes, á quienes una antigua tradicion supone derrotados por los sacerdotes fenicios ó curetos.

En cuanto á la mencionada ciudad de Tartesia, dice Estrabon que en su tiempo se suponía haber existido en lo antiguo una ciudad de este nombre en la isla formada por las dos embocaduras del Bétis, isla reunida á la tierra firme desde que se secó uno de los brazos del rio que la formaban, que era el que pasando por Lebrija y Asta, iba á desaguar en la bahía de Cádiz en frente de la ciudad. El país contiguo se llamaba Tartesio, y tartesianos los pueblos que le habitaban, y no falta quien asegura que la ciudad de Tartesia era la misma que se conoce en la geografia antigua de España bajo el nombre de Carteya ó Calpeia, y que seguro

parece estuvo situada en el fondo de la bahía de Gibraltar, donde se rastrean informes ruinas. Suponíase que habia sido fundada por Hércules, que se llamó Heráclea, y tuvo excelente arsenal. Al ménos, segun Timóstenes, almirante de Tolomeo II, que visitó sus ruinas, en su tiempo conservaba aún anchuroso recinto, y se veian las dársenas donde sus habitantes ponian á cubierto los barcos. El rio Bétis se llamó tambien Tartesio, y añade un historiador que quizás del nombre de los turdetanos se formaria el de Tartesios, con el cual los escritores griegos, hasta los de las épocas posteriores á la llegada de los romanos, significaban comunmente á los pueblos de la Bética.

Una subdivision de la Turdetania era la Beturia, nacion tambien de origen céltico, y cuyas principales ciudades eran Laconinturgis, Callenses-Emini, colonia, al parecer, de los galaicos de las márgenes del Miño; Celtum, situada entre Hispalis y Emerita; y Celtiaca, que más adelante, en tiempo de los romanos, formó parte del concejo de Hispalis.

Acaso otra subdivision de estos pueblos celtas eran los cinesios, llamados así por Herodoto y Avieno, y que los escritores posteriores llamaron cuneos ó conianos, al Oeste del Anas, en aquel rincon de tierra que los antiguos llamaron *Cuneus*, modernamente reino de los Algarbes. Abundaban los nombres célticos en las poblaciones de aquellos territorios, y sólo cerca de la costa, desde la embocadura del Tajo hasta la del Guadiana, existian Lancobriga, Cetobriga, Merobriga y Lacobriga, nombres todos de terminacion gala.

Acerca del promontorio Cuneo, ó

cabo de Santa María, donde habian levantado aquellos pueblos raros monumentos, hace Estrabon una descripcion pintoresca, que vamos á reproducir, para templar en lo posible la aridez de la historia en aquellos tiempos primitivos: «Artemidoro asegura que el supuesto templo de Hércules que allí enseñaban, es una ficcion ideada por Éforo; que no hay aras dedicadas á Hércules ni á otra divinidad; que sólo en algunos parajes se hallan tres ó cuatro piedras, unas encima de otras; que cada vez que arribaban los nave-

gantes, á tenor de una antigua tradicion vinculada en las familias, desbarataban las piedras y las mudaban de asiento; que se limitaban á dirigirle oraciones, pero que no les era lícito sacrificar en aquel sitio ni desembarcar mientras llovía, suponiendo que durante este tiempo lo ocupaban los dioses; que aquellos que sólo estaban allí por curiosidad, pasaban la noche en una aldea vecina, y no iban á visitar este sitio sino de dia, llevando agua consigo, porque allí no se encuentra ningun manantial.»

FLORENCIO JANER.



Esta niña está siempre martirizando al pobre perrito.

La ocupacion no es propia de una niña tan crecida y que podia bordar, hacer vestidos á la muñeca y emplear el tiempo en cosas útiles.